

EL MODERNISMO

RUBÉN DARÍO

[1867-1916]

Nicaragüense. El modernista por antonomasia. A los trece años ya escribía versos y a los quince emprendió el primero de sus viajes que habían de caracterizar toda su vida. En El Salvador (1882), conoció al poeta Francisco Gavidia, quien le puso en contacto con la literatura francesa. En 1886, fue a Chile donde trabajó en los periódicos y publicó Azul (1888). Estando Darío en Guatemala, apareció allí en 1890 la segunda edición ampliada. Después de casarse en Costa Rica, fue a España en 1892. Luego, pasando por Cuba, se dirigió a la Argentina con el cargo de cónsul de Colombia. Los años pasados en Buenos Aires (1893-1898) constituyeron el apogeo del modernismo, representado en parte por la publicación de Prosas profanas y Los raros en 1896. A partir de 1898, Darío vivió casi constantemente en Europa, sobre todo en París. Publicó otros dos libros importantes, Cantos de vida y esperanza (1905) y El canto errante (1907) que representan un rechazo parcial del preciosismo parnasiano y simbolista por una preocupación tanto por los problemas personales como por el destino de la América Latina frente a la amenaza del imperialismo norteamericano. "El rubí" se publicó por primera vez en La Libertad Electoral de Santiago de Chile el 9 de junio de 1888 y fue incluido en la primera edición de Azul.

EL RUBÍ

—¡AH! ¡Conque es cierto! ¡Conque ese sabio parisiense ha logrado sacar del fondo de sus retortas, de sus matraces, la púrpura cristalina de que están incrustados los muros de mi palacio!

Y al decir esto el pequeño gnomo iba y venía, de un lugar a otro, a cortos saltos, por la honda cueva que le servía de morada; y hacía temblar su larga barba y el cascabel de su gorro azul y puntiagudo.

En efecto, un amigo del centenario Chevreul —cuasi Althotas—, el químico Frémy, acababa de descubrir la manera de hacer rubíes y zafiros.

Agitado, conmovido, el gnomo —que era sabidor y de genio harto vivaz— seguía monologando.

—¡Ah, sabios de la Edad Media! ¡Ah, Alberto el Grande, Averroes, Raimudo Lulio! Vosotros no pudisteis ver brillar el gran sol de la piedra filosofal, y he aquí que sin estudiar las fórmulas aristotélicas, sin saber cábala y nigromancia, llega un hombre del siglo decimonono a formar a la luz del día lo que nosotros fabricamos en nuestros subterráneos. ¡Pues el conjuro! Fusión por veinte días de una mezcla de sílice y de aluminato de plomo; coloración con bicromato de potasa o con óxido de cobalto. Palabras en verdad que parecen lengua diabólica.

Risa.

Luego se detuvo.

El cuerpo del delito estaba allí, en el centro de la gruta, sobre una gran roca de oro; un pequeño rubí, redondo, un tanto reluciente, como un grano de granada al sol.

El gnomo tocó un cuerno, el que llevaba a su cintura, y el eco resonó por las vastas concavidades. Al rato, un bullicio, un tropel, una algazara. Todos los gnomos habían llegado.

Era la cueva ancha, y había en ella una claridad extraña y blanca. Era la claridad de los carbunclos que en el techo de piedra centelleaban, incrustados, hundidos, apiñados, en focos múltiples; una dulce luz lo iluminaba todo.

A aquellos resplandores podía verse la maravillosa mansión en todo su esplendor. En los muros, sobre pedazos de plata y oro, entre venas de lapislázuli, formaban caprichosos dibujos, como los arabescos de una mezquita, gran muchedumbre de piedras preciosas. Los diamantes, blancos y limpios como gotas de agua, emergían los iris de sus cristalizaciones; cerca de calcedonias colgantes en estalactitas, las esmeraldas esparcían sus resplandores verdes; y los zafiros, en ramilletes que pendían del cuarto, semejaban grandes flores azules y temblorosas.

Los topacios dorados, las amatistas, circundaban en franjas el recinto; y en el pavimento, cuajado de ópalos, sobre la pulida crisofasia y el ágata, brotaba de trecho en trecho un hilo de agua, que caía con una dulzura musical, a gotas armónicas, como las de una flauta metálica soplada muy levemente.

¡Puck se había entrometido en el asunto, el pícaro Puck! Él había llevado el cuerpo del delito, el rubí falsificado, el que estaba ahí, sobre la roca de oro, como una profanación entre el centelleo de todo aquel encanto.

Cuando los gnomos estuvieron juntos, unos con sus martillos y cortas hachas en las manos, otros de gala, con caperuzas flamantes y encarnadas, llenas de pedrería, todos curiosos, Puck dijo así:

—Me habéis pedido que os trajese una muestra de la nueva falsificación humana, y he satisfecho esos deseos.

Los gnomos, sentados a la turca, se tiraban de los bigotes; daban las gracias a Puck con una pausada inclinación de cabeza, y los más cercanos a él examinaban con gesto de asombro las lindas alas, semejantes a las de un hipsipilo.

Continuó:

—¡Oh, Tierra! ¡Oh, Mujer! Desde el tiempo en que veía a Titania no he sido sino un esclavo de la una, un adorador casi místico de la otra.

Y luego, como si hablase en el placer de un sueño:

—¡Esos rubíes! En la gran ciudad de París, volando invisible, los vi por todas partes. Brillaban en los collares de las cortesanas, en las condecoraciones exóticas de los rastacueros, en los anillos de los príncipes italianos y en los brazaletes de las primadonas.

Y con pícara sonrisa siempre:

—Yo me colé hasta cierto gabinete rosado muy en boga... Había una hermosa mujer dormida. Del cuello le arranqué un medallón y del medallón el rubí. Ahí lo tenéis.

Todos soltaron la carcajada. ¡Qué cascabeleo!

—¡Eh, amigo Puck!

¡Y dieron su opinión después, acerca de aquella piedra falsa, obra de hombre, o de sabio, que es peor!

—¡Vidrio!

—¡Maleficio!

—¡Ponzoña y cábala!

—¡Química!

—¡Pretender imitar un fragmento del iris!

—¡El tesoro rubicundo de lo hondo del globo!

—¡Hecho de rayos del poniente solidificados!

El gnomo más viejo, andando con sus piernas torcidas, su gran barba nevada, su aspecto de patriarca, su cara llena de arrugas:

—¡Señores! —dijo—. ¡No sabéis lo que habláis!

Todos escucharon.

—Yo, yo soy el más viejo de vosotros, puesto que apenas sirvo ya para martillar las facetas de los diamantes; yo, que he visto formarse estos hondos alcázares; que he cincelado los huesos de la tierra, que he amasado el oro, que he dado un día un puñetazo a un muro de piedra, y caí a un lago donde violé a una ninfa; yo, el viejo, os referiré de cómo se hizo el rubí.

—Oíd.

Puck sonreía, curioso. Todos los gnomos rodearon al anciano, cuyas canas palidecían a los resplandores de la pedrería y cuyas manos extendían su movable sombra en los muros, cubiertos de piedras preciosas, como un lienzo lleno de miel donde se arrojase granos de arroz.

—Un día, nosotros, los escuadrones que tenemos a nuestro cargo las minas de diamantes, tuvimos una huelga que conmovió toda la tierra, y salimos en fuga por los cráteres de los volcanes.

“El mundo estaba alegre, todo era vigor y juventud; y las rosas, y las hojas verdes y frescas, y los pájaros en cuyos buches entra el grano y brota el gorjeo, y el campo todo, saludaban al sol y a la primavera fragante.

“Estaba el monte armónico y florido, lleno de trinos y de abejas; era una grande y santa nupcia la que celebraba la luz, en el árbol la savia ardía profundamente, y en el animal todo era estremecimiento o balido o cántico, y en el gnomo había risa y placer.

“Yo había salido por un cráter apagado. Ante mis ojos había un campo extenso. De un salto me puse sobre un gran árbol, una encina añeja. Luego bajé al tronco, y me hallé cerca de un arroyo, un río pequeño y claro donde las aguas charlaban diciéndose bromas cristalinas. Yo tenía sed. Quise beber allí... Ahora, oíd mejor.

“Brazos, espaldas, senos desnudos, azucenas, rosas, panecillos de marfil coronados de cerezas; ecos de risas áureas, festivas; y allá, entre espumas, entre las linfas rotas, bajo las verdes ramas...”

—¿Ninfas?

—No, mujeres.

—Yo sabía cuál era mi gruta. Con dar un golpe en el suelo, abría la arena negra y llegaba a mi dominio. ¡Vosotros, pobrecillos, gnomos jóvenes, tenéis mucho que aprender!

“Bajo los retoños de unos helechos nuevos me escurrí, sobre unas piedras deslavadas por la corriente espumosa y parlante; y a ella, a la hermosa, a la mujer, la así de la cintura, con este brazo antes tan musculoso; gritó, golpeé el suelo; descendimos. Arriba quedó el asombro, abajo el gnomo soberbio y vencedor.

“Un día yo martillaba un trozo de diamante inmenso, que brillaba como un astro y que al golpe de mi maza se hacía pedazos.

“El pavimento de mi taller se asemejaba a los restos de un sol hecho trizas. La mujer amada descansaba a un lado, rosa de carne entre maceteros de zafir, emperatriz del oro, en un lecho de cristal de roca, toda desnuda y espléndida como una diosa.

“Pero en el fondo de mis dominios, mi reina, mi querida, mi bella, me engañaba. Cuando el hombre ama de veras, su pasión lo penetra todo, y es capaz de traspasar la tierra.

“Ella amaba a un hombre, y desde su prisión le enviaba sus suspiros. Éstos pasaban los poros de la corteza terrestre y llegaban a él; y él, amándola también, besaba las rosas de cierto jardín; y ella, la enamorada, tenía —yo lo notaba— convulsiones súbitas en que estiraba sus labios rosados y frescos como pétalos de centifolia. ¿Cómo ambos se sentían? Con ser quien soy, no lo sé.

“Había acabado yo mi trabajo: un gran montón de diamantes hechos en un día; la tierra abría sus grietas de granito como labios con sed, esperando el brillante despedazamiento del rico cristal. Al fin de la faena, cansado, di un martillazo que rompió una roca y me dormí.

“Desperté al rato, al oír algo como gemido.

“De su lecho, de su mansión más luminosa y rica que la de todas las reinas del Oriente, había volado fugitiva, desesperada, la amada mía, la mujer robada. ¡Ay! Y queriendo huir por el agujero abierto por mi maza de granito, desnuda y bella, destrozó su cuerpo blanco y suave como de azahar y mármol y rosa, en los filos de los diamantes rotos. Heridos sus costados, chorreaba la sangre; los quejidos eran conmovedores hasta las lágrimas. ¡Oh dolor!

“Yo desperté, la tomé en mis brazos, le di mis besos más ardientes; mas la sangre corría inundando el recinto, y la gran masa diamantina se teñía de grana.

“Me parecía que sentía, al darle un beso, un perfume salido de aquella boca encendida: el alma; el cuerpo quedó inerte.

“Cuando el gran patriarca nuestro, el centenario semidió de las entrañas terrestres, pasó por allí, encontró aquella muchedumbre de diamantes rojos...”

Pausa.

—¿Habéis comprendido?

Los gnomos, muy graves, se levantaron.

Examinaron más de cerca la piedra falsa, hechura del sabio.

—¡Mirad, no tiene facetas!

—Brilla pálidamente.

—¡Impostura!

—¡Es redonda como la coraza de un escarabajo!

Y en ronda, uno por aquí, otro por allá, fueron a arrancar de los muros pedazos de arabesco, rubíes grandes como una naranja, rojos y chispeantes como un diamante hecho sangre; y decían:

—He aquí lo nuestro, ¡oh madre Tierra! Aquello era una orgía de brillo y de color.

Y lanzaban al aire gigantescas piedras luminosas y reían.

De pronto, con toda la dignidad de un gnomo:

—¡Y bien! El desprecio.

Se comprendieron todos. Tomaron el rubí falso, lo despedazaron y arrojaron los fragmentos —con desdén terrible— a un hoyo que abajo daba a una antiquísima selva carbonizada.

Después, sobre sus rubíes, sobre sus ópalos, entre aquellas paredes resplandecientes, empezaron a bailar asidos de las manos una farandola loca y sonora.

Y celebraron con risas el verse grandes en la sombra.

Ya Puck volaba afuera, en el abejo de la alba recién nacida, camino de una pradera en flor. Y murmuraba —¡siempre con su sonrisa sonrosada!—:

—Tierra... Mujer...

“Porque tú, ¡oh madre Tierra!, eres grande, fecunda, de seno inextinguible y sacro; y de tu vientre moreno brota la savia de los troncos robustos, y el oro y el agua diamantina, y la casta flor de lis. ¡Lo puro, lo fuerte, lo infalsificable! ¡Y tú, Mujer, eres espíritu y carne, toda amor!”

COMENTARIO

Si Gutiérrez Nájera reviste de fantasía las escenas humanas, Rubén Darío da un paso más: se adentra en el mismo mundo de la fantasía. Inventa una situación fantástica con ambiente y personajes fantásticos y la trata como si fuera una situación humana. En efecto, el químico Frémy, la mujer robada y su novio parecen más fantásticos que los propios gnomos. Como seres humanos, éstos hablan, gritan, ríen y exageran su propia importancia sentados a la turca, tirándose de los bigotes y bailando engrandecidos en la sombra. En cambio, la mezcla química se describe con “palabras en verdad que parecen lengua diabólica”.

Darío, más que ninguno, fue el gran artífice del modernismo. Su gran variedad de recursos estilísticos enriqueció el idioma y preparó el terreno para el florecimiento de la literatura hispanoamericana en el siglo XX. Señalemos en “El rubí” unos cuantos de los rasgos rubendarianos.¹

La estructura de los cuentos de Darío revela un dominio total del género. En “El rubí”, la joya, alrededor de la cual gira todo el cuento, no es más que un pretexto para la expresión de dos ideas del

¹ Para un análisis más extenso de los cuentos de Darío, consúltese el estudio excelente de Raimundo Lida en los *Cuentos completos de Rubén Darío*, México, FCE, 1950.

autor: la vanidad de los hombres frente al poder misterioso de la naturaleza y el elogio de la mujer sensual. La división del cuento en seis escenas le da un gran movimiento dramático: la denuncia del rubí falso; la descripción de la gruta; la historia de cómo Puck consiguió el rubí falso; el mito del rubí; la destrucción del rubí falso; y el resumen de Puck. El dinamismo del cuento también proviene de las frases cortas y abruptas con que empiezan, terminan o se interrumpen algunas de las escenas: “Risa. Luego se detuvo”; “Oíd. Puck sonreía, curioso”; “Pausa. —¿Habéis comprendido?”; “—¿Ninfas? —No, mujeres”. Entre las seis escenas, hay una gran unidad lograda con el tema constante del rubí; con la presencia de Puck y su sonrisa; con las exclamaciones retóricas; y con el paralelismo entre el robo del rubí falso por Puck y el rapto de la mujer por el gnomo.

El talento de Darío se revela tanto en la estructura del cuento como en su prosa poética. La rima asonante en series de palabras produce un gran efecto musical: “topacios dorados”; “una farandola, loca y sonora”. La aliteración aumenta la musicalidad, pero también demuestra el espíritu juguetón del autor, que concuerda con el papel de Puck: “grano de granada”; “grietas de granito”; “siempre con su sonrisa sonrosada”. La repetición de palabras y de frases da más fluidez a la prosa: “¡Conque es cierto! ¡Conque ese sabio...!” “¡Oh, Tierra! ¡Oh, Mujer!”; “una claridad extraña y blanca. Era la claridad de los carbunclos”. El empleo de palabras y frases paralelas es un viejo recurso por medio del cual Darío luce su vocabulario muy rico: “de sus retortas, de sus matraces”; “agitado, conmovido”; “un bullicio, un tropel, una algazara”; “incrustados, hundidos, apiñados”; “que he cincelado..., que he amasado..., que he dado”. La adjetivación es abundante y desempeña por lo menos dos funciones: descriptiva, musical y a veces alusiva: “bromas cristalinas”; “su mansión más luminosa y rica”; “encina añeja”. Para embellecer sus descripciones, Darío prefiere los símiles a las metáforas. De éstas, la única digna de notar es “la mujer..., rosa de carne”. En cambio, abundan los símiles: “caprichosos dibujos como los arabescos de una mezquita”; “diamantes, blancos y limpios como gotas de agua”; “muros, cubiertos de piedras preciosas, como un lienzo lleno de miel donde se arrojasen granos de arroz”.

La sola presencia de todos estos elementos poéticos en un cuento no bastaría para explicar el arte de un gran escritor. Lo que distingue a Rubén Darío de los que lo imitaron con menos éxito es que supo entretejer estos elementos y adaptarlos con sutileza al tema de cada cuento. Su obra representa el apogeo de la fase parnasiana del modernismo.